

AÑO LXXX

MAYO DE 1937

NÚM. 7

BOLETÍN OFICIAL

DEL

OBISPADO DE CORDOBA



SUMARIO

Exhortación Pastoral con motivo de las fiestas del Corpus y del Sagrado Corazón — Triduo Eucarístico. — Triduo de rogativas a la Virgen del Pilar. — Confederación Católica Nacional de Padres de Familia. — Crónica del extranjero. Los amigos de España. — Delegación Pontificia Castrense. — Trabajos Apostólicos.

CÓRDOBA

IMP. «EL DEFENSOR», AMBROSIO MORALES, 6

Jueves 20 de Mayo de 1937

AÑO LXXX



NÚM. VII

Boletín Oficial Eclesiástico

DEL

OBISPADO DE CÓRDOBA

Fiestas del Corpus y del Sagrado Corazón

A nuestros amadísimos diocesanos:

Henchido de santo gozo se siente nuestro corazón de Pastor al ver felizmente realizado el vivo y ardiente anhelo de nuestra alma de que en el día de la Ascensión y la fiesta de Pentecostés comulgasen todos los niños de las doce parroquias de esta ciudad, tiernos recentales y amantísimos corderillos de nuestro inmenso rebaño espiritual.

Son, en extremo, emocionantes las relaciones que nuestros queridos Párrocos y los Colegios de Religiosos nos envían, dando cuenta del fiel cumplimiento de nuestra ordenación y una vez más nos complacemos en bendecir su celo y diligencia por secundar todas nuestras disposiciones. Del Divino Paráclito, a no dudarlo, recibimos la inspiración de reunir en común las plegarias de tantos centenares de niños, sin pecado, y con Jesús en sus pechos, pidiendo colectivamente por España y por su glorioso Ejército, puntos culminantes de nuestra Exhortación Pastoral del mes de María, a la que queremos unir esta del *Corpus* y del Sagrado Corazón que iniciamos con una de las más delicadas enseñanzas del Beato Eymard a sus discípulos: «Sepamos

honrar, les decía, a la Eucaristía y al Sagrado Corazón de Jesús y hagamos de manera que siempre anden unidas estas dos devociones, sin admitir nunca separación entre la Santísima Eucaristía y el Sacratísimo Corazón de Jesús». Por eso, al hablaros como de costumbre del mes de Junio, queremos antes, llenos de inmensa consolación, entonar con vosotros el aleluia de ver restaurada en todo su esplendor la solemnidad más augusta y más sublime que celebra nuestra santa Madre la Iglesia y que mayor nombradía ha tenido en la católica España, desde hace muchos siglos, la gran festividad del Santísimo *Corpus Christi*, conjunto y resumen de todos los misterios, fuente perenne de gracias en el vasto desierto de nuestra peregrinación, manantial abundantísimo de bendiciones, del que nacen ríos que llevan a todo el reino de la Iglesia la frescura y fecundidad de la vida divina, complemento, en una palabra, de la obra de la redención, que es obra del amor.

Sí, amadísimos hijos, el repugnante y odioso sectarismo decretó, obedeciendo órdenes de la Masonería, tener encerrado dentro del ámbito del templo y la estrechez de sus paredes, ¡qué insensatez!, al que no cabe en los cielos, ni en la tierra y ahora, cuando el insigne Caudillo, que nos lleva a la victoria, ha hecho saltar en pedazos la lápida de este veto infame, vamos a honrar al que, siendo el verdadero Libertador del mundo, se hizo prisionero de amor por nosotros, y hemos de acompañarle por nuestras calles y plazas ensalzándole con cánticos sagrados, mezclada su peculiar armonía con los sonidos de epopeya del vibrante Himno nacional y de las campanas de las torres tañendo a gloria que el pueblo creyente oye estremecido. Dilatándose nuestro corazón, a tono con el aroma de las flores que sobre la Custodia caen de los balcones, ha de elevarse el perfume de nuestras adoraciones y ofrendas a la Santa Hostia. ¡Oh, cuántos gemidos va a recoger en su carrera triunfal!, ¡cuántas lágrimas ha de enjugar!, ¡cuántas súplicas ha de escuchar y cuántos dolores va a mitigar, si como esperamos, la ingente muchedumbre que seguramente ha de asistir este año a la procesión, lo hace, no con el espíritu de disipación acostumbrada, sino con la ardorosa fe y encendida adoración que la tragedia que vivimos reclama y con espíritu de desagravio por los horribles sa-

crílegos que recientemente se han cometido en nuestros templos en multitud de Sagrarios saqueados e incendiados, callando profanaciones de tan subido color, que la pluma tiembla en la mano al tratar de describirlos y que merecen ser llorados con lágrimas de sangre. ¡Qué paciencia tan grande tiene la ira de Dios!

Y si a todos hemos de recomendar la más edificante postura en ese acto, concretándonos a esta nuestra amada Capital, acrece la obligación de asistir con mayor devoción que nunca, porque aun yendo de rodillas detrás de la Custodia todo el recorrido de la procesión, bien sabéis, hijos queridos, que no fuera bastante a dar debidas gracias a Dios por tanto como Córdoba le debe. Sólo portándonos así, daremos sentido práctico a nuestra vida cristiana en las dolorosas circunstancias que atravesamos.

Pues con este mismo espíritu de fervor y de agradecimiento hemos de disponernos a celebrar la solemnidad, que se aproxima, del Sagrado Corazón y todo el mes de Junio a El consagrado por la Iglesia.

La divina Providencia que vela constantemente por nuestros destinos, cuida de propinar oportunamente los remedios conducentes a las enfermedades morales de los diversos tiempos, de inclinar el timón conforme a la dirección de los vientos contrarios y acudir diligente, con poderosa eficacia, allí donde la tempestad arrecia más y el peligro es mayor. En la época en que vivimos, después de veinte siglos predicándose la doctrina del Evangelio: *amaos los unos a los otros*, el mundo se encuentra anegado en odios y rencores, marchando a velocidad máxima por derroteros desastrosos; sin luz y sin pauta que le encamine hacia su fin, se siente como débil barquichuelo en medio del mar, en noche oscura y borrascosa, lleno de zozobra y de azares, expuesto continuamente a naufragar y hundirse en el abismo. Era, pues, necesario un faro luminoso que dirigiese el corazón de la sociedad y le indicase el camino seguro y recto de la paz y de la moralidad. Era menester un corazón de fuego que, ardiendo en amor divino, encendiese con sus llamas los corazones de los hombres y despertase en ellos altos sentimientos de caridad, con todas las demás sublimes virtudes, extinguidas o amortiguadas por la glacial indiferencia y el egoísmo dominante.

He ahí, amadísimos hijos, el Corazón de Jesús, adorable Redentor nuestro, que revelándose como objeto especial de veneración, reservado para nuestros días, se presenta a la sociedad descubriendo las grandezas que en él se encierran y el fuego del cielo en que está inflamado, ostentándose como modelo ideal y dechado sublime a que deben aspirar todos los hombres a quienes puede decir, con toda verdad, aquellas palabras sacratísimas que brotan de sus divinos labios y que se dejan oír con suave acento, de modo especial en el mes de Junio: «He aquí el Corazón que tanto ha amado a los hombres; aprended de mí» y rendida la humanidad por el ardor de las llamas que salen de ese horno divino, enamorada de la sublime excelencia y amor inmenso de ese Corazón sacrosanto, pronuncia con entusiasmo la dulce y piadosa jaculatoria que, cual saeta encendida, tantas veces y con tanto fervor y provecho se repite en ese mes en todo el mundo católico: «Corazón de mi amable Salvador, inflama mi corazón en el amor divino en que te abrasas».

Escribiendo Santa Margarita María al P. Croiset, le decía: «Me mostró Jesús su Corazón arrojando llamas por todas partes y me dijo: Si supieras cuán vivamente deseo ser amado de los hombres, nada perdonarías de tu parte a trueque de conseguirlo; tengo sed, ardo en deseos de ser amado». Y de otra carta al mismo son estas palabras: «Me hizo ver Jesús que el gran deseo que tenía de ser amado de los hombres le había hecho formar ese designio de manifestar su Corazón con todos los tesoros de amor, de misericordia, de gracia, de santificación y de salvación que encierra». Viene ello a corroborar lo que ya nos había dicho Jesús: *como el Padre me ha amado, así os he amado yo; permaneced en mi amor*.

Y nosotros, amadísimos hijos, ¿cómo corresponderemos a tanta misericordia?, ante todo haciendo nuestras las palabras del Discípulo amado: *Amemos, pues, a Jesús, ya que El nos amó primero*, y que este nuestro amor vaya sazonado con todo género de sacrificios, y después pedirle que sea El la luz misteriosa que nos ilumine en nuestra peregrinación y que no desaparezca nunca del horizonte de nuestra vida, porque ella es la estrella polar indispensable para navegar con rumbo cierto en la noche del dolor y en el mar alborotado de las pasiones; que no

se apague jamás ese faro, que ha de señalarnos el puerto de salvación al llegar a las riberas de la eternidad, ese puerto de boca estrecha tan difícil de enfilear y de ganar en el océano tormentoso y en el revuelto oleaje del vivir.

Y aún tenemos que agregar algo más. En aquella *Aparición* llamada *grande*, con que favoreció Jesús a su santa sierva Margarita María, después de quejarse amorosamente de las irreverencias y pecados con que la mayor parte de los hombres corresponden al amor inmenso de su Corazón, añadió: «Por lo cual te pido que el primer viernes después de la Octava del Santísimo Sacramento, sea dedicado a una fiesta particular para honrar a mi Corazón, comulgando en ese día y ofreciéndole actos de desagravios para reparar las ofensas que ha recibido durante el tiempo que ha estado expuesto en los altares. Yo te prometo que mi corazón se dilatará para derramar en abundancia las influencias de su divino amor sobre aquellos que le rindan ese honor y de los que procuren le sea rendido».

No hemos de olvidar tampoco que la reparación es un deber obligatorio a todo cristiano y cada día más apremiante. Los nuevos ultrajes inferidos a ese amantísimo Corazón en sus imágenes, señaladamente en la del Monumento Nacional del Cerro de los Angeles, villanamente y con ensañamiento diabólico destruida, exigen de nosotros una reparación de hondo fervor, que quiere decir de sincera penitencia de corazón y de sentidos, cual lo demandan crímenes tan execrables y horas tan dolorosas.

Qué maravillosa oportunidad tienen para la católica España las hermosas frases de Su Santidad en la Encíclica «*Charitate Christi compulsi*» en la cual, después de describir los males que oprimen al mundo y señalar sus remedios, exhorta a todos los católicos a celebrar la fiesta del Corazón de Jesús con mayor solemnidad que nunca, a fin de obtener su misericordia. Sea este año dicha fiesta, decía, como en santa competencia en toda la Iglesia un día de reparación y de súplicas. Acérquense presurosos los hijos de esta madre atribulada a la Mesa Eucarística, corran a adorar a Jesús bajo los velos del Santísimo Sacramento en todas las iglesias; derramen en aquel Corazón Misericordioso, que ha conocido todas las penas del corazón humano, la plenitud de su dolor y confirmen ante El la firmeza de su fe, la se-

guridad de su esperanza, el ardor de su caridad. Invóquesele interponiendo el poderoso patrocinio de María Santísima «Mediadora de todas las gracias», para sí, para sus familias, por su patria y por su Iglesia. Y este espíritu de desagravio y de oración manténgase en todos los fieles vivo y en toda actividad, durante toda la octava. Ténganse públicas preces y otros devotos ejercicios de piedad en razón de obtener misericordia y de que hallemos gracia en el socorro oportuno. Absténganse los fieles de todo espectáculo público y de toda otra diversión, aunque sea lícita. Los más acomodados, voluntariamente, y con espíritu de cristiana austeridad cederán algo de su acostumbrada manera de vivir, dispensando a los pobres generosamente el fruto de tales privaciones, ya que la limosna es también medio excelente para satisfacer a la Divina Justicia y atraer la Divina Misericordia. Los pobres ofrezcan al Señor con igual espíritu de penitencia y con la mayor resignación las privaciones, que les imponen los difíciles tiempos actuales y la condición social que la Divina Providencia con amoroso designio quiso asignarles, y acepten con ánimo confiado, como de la mano de Dios, los efectos de la pobreza agravada hoy por la estrechez que aflige a todos. Confórteles, por fin la certeza de que sus sacrificios y sus penas, cristianamente sufridas, concurrirán eficazmente a acelerar la hora de la misericordia y de la paz.

Como veis, amadísimos hijos, tan magnífica excitación del corazón paternal del Sumo Pontífice parece escrita con vista a nuestro calvario y es por lo que hemos querido reproducirla en esta humilde exhortación y los Párrocos de la Diócesis, a quienes recordamos el precepto impuesto por Su Santidad en la Encíclica «*Miserentissimus Redemptor*» de recitar el día de la fiesta del Divino Corazón el acto de Consagración ante el Santísimo Sacramento («Boletín» 1299, pág. 136) con las letanías del Sagrado Corazón, cuidarán de inculcar a los fieles, durante todo el mes de Junio, la devoción al Corazón de Jesús, la más hermosa y eficaz para nuestra santificación, porque ella nos acerca a Dios, nos hace sentir y vivir la vida del espíritu, nos despoja de las perversas inclinaciones de la naturaleza corrompida, nos hace aborrecer el pecado, inclinándonos a la práctica de la virtud, nos une íntimamente con Cristo, mediante la Sagrada Co-

muni6n, y nos anima y estimula para emprender las obras de celo que procuren su gloria. Y aun para las almas consagradas a Dios no hay devoci6n tan apta como esta para abrazarse a la Cruz y crucificarse con el Divino Esposo, sujetando los pies y las manos y el mismo coraz6n con los clavos que sujetaron en la Cruz la santa Humanidad, para que nuestras manos y nuestros pies y nuestro coraz6n no tengan otro movimiento que aquel que se dirija a dar gloria a Dios por medio del sacrificio y la abnegaci6n de s3 mismo. «Esta devoci6n—afirma Santa Margarita—es como un 6ltimo esfuerzo del amor de Nuestro Se6or que quiere favorecer a los hombres en estos postreros siglos, una especie de redenci6n amorosa para sacarles del imperio de Satan6s y ponerles bajo la dulce libertad del imperio de su amor». Por eso es tan consolador que en algunos de los pueblos liberados de la Di6cesis se haya vuelto a entronizar el Sagrado Coraz6n en lugares p6blicos y lo vemos con sumo agrado, pero dando siempre la preferencia a la entronizaci6n individual, es decir, que cada cristiano purifique su coraz6n tan radicalmente y con tales renunciamientos, que en 6l reine Cristo con reinado absoluto. Entre los que as3 se conducen, hay que catalogar a los indomables soldados de nuestro glorioso Ej6rcito que derraman su sangre al grito de «¡Viva Espa6a!» y «¡Viva Cristo Rey!», que para ellos tiene el mismo significado. Con 6l en sus labios sellaron tambi6n sus vidas edificantes los Sacerdotes, Religiosos y cat6licos que forman el martirologio de esta santa Cruzada, mientras los del frente enemigo claman enfurecidos, como el pueblo jud3o: *No queremos que Cristo reine sobre nosotros*, y a la blasfemia a6aden la burla de nuestra firme confianza en la protecci6n sobrenatural. Tambi6n el rey de los Asirios, Sennaquerib, se burlaba de la confianza que Ecequ3as y los defensores de Jerusal6n hab3an puesto en el Dios de Israel y, acerc6ndose a la ciudad para tomarla, con grandes voces blasfemaba contra 6l, asegurando que ser3a in6til su poder, para salvar a su pueblo, como lo hab3a sido el de los dioses de las dem6s naciones vencidas. *Mientras tanto—dice la Sagrada Escritura—el Rey Ecequ3as y el Profeta Isa3as hicieron oraci6n contra el blasfemador y alzaron sus clamores hasta el cielo. Y envi6 el Se6or un 6ngel que mat6 a todos los hombres fuertes y belicosos y al general del Ej6rcito,*

Sean tales, a. h., nuestras oraciones y sacrificios que suban también al cielo y alcancen del Corazón Santísimo de Jesús el triunfo, en su empeñada lucha, de nuestra querida España.

Córdoba, 20 de Mayo de 1937.

† **Adolfo**, OBISPO DE CÓRDOBA.

Léase esta Exhortación a los fieles.

Tríduo Eucarístico

La Sagrada Congregación de Indulgencias, en Letras de 10 de Abril de 1907, dispuso que todos los años se hiciera un tríduo de oraciones en honor del Santísimo Sacramento.

En el número 10 de este BOLETÍN, correspondiente al año 1913, se consignan mandatos sobre este particular, y encarecemos su más exacto cumplimiento.

Triduo de rogativas a la Virgen del Pilar

Zaragoza, 7 de Mayo de 1937.

Excmo. y Rmo. Sr. Obispo de Córdoba

Mi venerado Hermano y querido amigo: La Junta, constituida en ésta ciudad, de la «Corte de Honor de Señoras a María Santísima del Pilar», ha tenido la feliz iniciativa de organizar un tríduo de rogativa y penitencia para los días 29, 30 y 31 del mes actual.

Entraña este llamamiento un deseo que también es nuestro: el de acudir todos los españoles de las zonas liberadas a la Santísima Virgen del Pilar, nuestra excelsa Madre y Patrona, en unión de plegarias y sentimientos; ya que a todos nos afectan e interesan por igual las vicisitudes por que atraviesa la querida Patria.

Habiendo aprobado y bendecido la idea expuesta nos es muy grato transmitirla y recomendarla a V. E. por si se digna acogerla y propagarla en esa Diócesis encomendada a su reconocido celo pastoral.

Saluda a V. E. su affmo. amigo y Hermano,

† EL ARZOBISPO DE ZARAGOZA